

## PARÁBOLA DE LA MISERICORDIA

### COMPASIÓN Y MISERICORDIA. SERVIR AL QUE SUFRE

#### 1.- INTRODUCCIÓN. CRUELDAD VERSUS COMPASIÓN

El presente trabajo pretende reflexionar, primero, sobre la crueldad y la compasión en la vida del hombre y la necesidad imperiosa que tiene de ser salvado de las garras de la hostilidad propia de su misma condición; y, segundo, iluminar esta realidad humana desde la palabra de Jesús, acudiendo para ello a la parábola del Buen Samaritano donde se nos presenta un evangelio que contradice o supera la ley antigua y, sobre todo, propone la compasión y la misericordia como el camino de relación con el prójimo capaz de superar toda crueldad, indiferencia y hostilidad. La página evangélica del Buen Samaritano es escandalosa porque realmente inaugura una novedad en las relaciones humanas y expresa implícitamente la relación de Dios con el hombre que en la Encarnación se acerca a él, se abaja hasta curarle y le toma sobre sí hasta dar la vida por él.

Las tres líneas sobre las que va ir corriendo el flujo de la reflexión serán: crueldad versus compasión, indiferencia versus deferencia, hostilidad versus hospitalidad, todo ello bajo el marco de la compasión-misericordia, y se cerrará con la respuesta de Jesús, clara y novedosa, a la pregunta veterotestamentaria sobre la responsabilidad con el hermano.

Como agustinos la comunión con el hombre, sobre todo con el sufre, es vértice de la vida y, como religiosos, la inmersión en Cristo nos hace sumergirnos con Él en las aguas turbulentas de nuestra más dura condición para salvarla.

#### 1.1.- UN MUNDO SIN CRUELDAD. Un punto de partida antropológico.

¿Será posible una vida sin crueldad?<sup>1</sup> ¿Y habrá un lugar para la compasión en la vida? El ciclo de la existencia de los seres vivos es un camino plagado de violencias y crueldades. Como en el mundo animal, también en nuestra misma sociedad humana la crueldad no nos es ajena, muy al contrario, impregna la estructura comunitaria y social; la vemos brotar en medio de nosotros y la sentimos agazapada y desafiante en lo íntimo de nuestro ser; es obra de uno y de muchos; es un abismo excavado en el corazón desde la infancia, día tras día, golpe tras golpe o ley tras ley, y que todos, en alguna medida, conocemos.

Tras un acto de crueldad hay acumulados muchos rencores, muchas pequeñas iras, desilusiones, insatisfacciones, precariedades... Esconde defensas y ataques. Nos revela como animales hechos de miedos y sospechas, de afán de poder de uno sobre otro, de temores... de pulsiones ancestrales a menudo adobadas por la misma sociedad en la que vivimos.

Ella, la crueldad, descarna, quita velos, ropajes, vestimentas, piel, arranca aquello que protege al hombre, hasta llegar al "crudo" (de ahí la palabra) humano, a lo más desamparado, indefenso, precario y sometido, y lo hace siempre violentamente, a pesar de la frialdad, el cálculo y la lentitud como actúa. Necesita ver la sangre, lo sagrado, el signo de la vida y de la muerte, rozar esa frontera y satisfacerse en ello, eso es la crueldad, un mal dios, un mal poder y soberanía. La risa despiadada, o el abandono, ante un hombre en su zozobra, en su indefensión, en su miedo, en su torpeza o su límite, evidencian la crueldad. Cabría preguntarnos cuánto podemos permitirnos conocer<sup>2</sup>.

<sup>1</sup>SENATORE, Mauro, Jacques Derrida acerca de psicoanálisis e ilustración, Revista Pléyade, Nº. 7, 2011, págs. 149-164); OÑATE ZUBÍA, Teresa, Crítica o crisis de Occidente, Edit. Dykinson S. L. Meléndel Valdés, 61, Madrid, 2013

<sup>2</sup> NOUWEN, Henri, 1968: ¿Estabais allí? La muerte de Martin Luther King, Jr. En John Dear, 1998, p.140

La crueldad humana es una pasión ciega que no ve al hombre sino un objeto, un obstáculo, un muñeco sin nombre propio y sin identidad. Solo tiene delante una miseria contra la que puede actuar.

Es cierto que en la sociedad junto a la extrema crueldad hay otra más sutil y, qué duda cabe, un movimiento de signo contrario que templada y anula en muchos casos los efectos de la primera.

## 1.2.- EL TERROR DEL HOMBRE A LA CRUELDAD Y EL DIOS MISERICORDIOSO

El hombre no soporta la crueldad, a pesar de que todos la llevamos agazapada en los entresijos de nuestro ser como un virus difícil de erradicar, y siente temor ante la crueldad del otro y ante la suya propia, que puede llegar a cegarle y a hacerle perder toda cordura, raciocinio y lógica. La fiera humana llega a ser temible.

En esta guerra entre iguales el hombre grita a Dios: "Sálvame del hombre cruel y malvado (que puede estar enfrente pero también dentro), Tú que eres mi Dios y Salvador" (salmo 42) y así expresa dos certezas: que solo a Él puede acudir como bastión de defensa, de fortaleza, de confianza y seguridad, incluso de escondite, porque es su Dios y Señor, su Salvador, y que el temor más grande del hombre es que Dios fuera cruel hasta abandonarnos y descarnarnos. ¿Dónde quedaría un puerto en el que atracar? Sería entonces preferible y justificable perderse a la deriva. La crueldad de Dios sería la razón suficiente para no creer en Él y vivir en la radical desconfianza.

Dios es compasivo y misericordioso (sal 86, 15; Sal 50, 18-19; Sal 145, 8; Is 1, 18; Joel 2, 13; Si 2, 11). Asume al hombre, lo carga, lo protege, lo cubre con una nube en su travesía por el desierto, lo signa en la frente para defenderlo, se pone en su lugar...

La profética visión de Dios como Misericordia y Compasión viene de lejos. En Israel la misericordia se halla en la confluencia de dos corrientes de pensamiento, la compasión y la fidelidad. El primer término hebreo (Rahamim) expresaba el apego instintivo de un ser a otro, un sentimiento ligado al seno materno (rehe: 1Re 3, 26), por lo tanto, "entrañable" (rahamim), que es lo mismo que decir el corazón- de un padre-madre (Jer 31, 20; 4, 19; Sal 103, 13), o de un hermano (Gén 43, 30): es un cariño o ternura que, inmediatamente, se concretan en obras dirigidas específicamente a compadecer a los que viven una situación trágica (Sal 106, 45) o a pedir perdón por una ofensa y un daño infligido a otros (Dan 9, 9).

El segundo término hebreo (Hesed) designa la piedad por el otro y se traduce en griego con una palabra que significa también misericordia (eleos) y fidelidad. Así la misericordia tiene una base sólida: no es un instinto de bondad, sino una bondad consciente, voluntaria, algo más ligado a una respuesta en fidelidad, a un deber interior. Las traducciones de las palabras griegas y hebreas oscilan de la misericordia al amor, pasando por la ternura, la clemencia, la piedad y la conmiseración, la compasión y hasta la gracia (heb. Hen), que sin embargo tiene una acepción más vasta. Todo confluye a un mismo sentido: un Dios que manifiesta su ternura de corazón con la miseria humana y esto es el ejemplo para el hombre que ha de ser misericordioso con el hermano como lo han sido con él<sup>3</sup>.

El Dios de la Misericordia es un punto de referencia para el hombre por la bondad ante su indignidad (Os 11, 8-9). Nunca hemos visto reírse a Dios de la precariedad humana, ni de sus torpezas, vulgaridades y ridiculeces; nunca le hemos visto apretar la tuerca, el garrote vil, para mostrar cómo se asfixia a un hombre. Cuando el hombre actúa de ese modo en su Nombre yerra dramática y dolorosamente, pues su Mano lleva nuestra existencia con misericordia y compasión (Dt 1, 3).

---

<sup>3</sup> LEÓN-DUFOUR, Xavier, Vocabulario de teología bíblica, Voz Misericordia, Herder, Barcelona, 1965, págs. 471 y ss. URIARTE, Juan María, Claves de conversión, Sal Terrae, 2015, págs. 71-91

¿No será ante Él donde la crueldad se para en seco? ¿Ante Él, que alza su mano y amaina la tempestad? ¿Ante Él, cuyo corazón no conoce la crueldad? Y, si no es Él, ¿quién?, ¿cómo parar este impulso asesino de poder, de éxito, de muerte? Porque sin Él, ¿puede haber realmente un mundo sin crueldad?

1.3.- EL CAMINO DEL COMPASIVO. Nos conduce el Compasivo (Is 49, 10).

Jesús, el Hijo de Dios, inaugura una vía posible en el imposible humano abriendo un camino en la maleza con su encarnación y redención, por la que el hombre puede caminar hacia el Padre. Él nos conduce, va delante, nosotros seguimos sus pasos, Él mismo es esa Vía.

Creación, Encarnación, Redención y Santificación son el fruto de la compasión y misericordia de Dios por el hombre – Si algo se merece el hombre es compasión- que le ha sacado de los poderes más crueles y mortíferos hasta provocarle a compasión incluso hacia su mismo Dios y Señor.

Jesús es el Rostro de la Misericordia del Padre<sup>4</sup>. Jesús ha llevado la compasión y la misericordia al límite de lo impensable, de lo inesperado y de lo correcto a fin de cambiar nuestra arcana crueldad en compasión: es el Compasivo y el Compadecido por su criatura<sup>5</sup>. Es lo radicalmente nuevo, una transgresión total del orden de las cosas, de la realidad, porque quien compadece tiene un poder sobre el otro; quien es compadecido está bajo el poder del otro y Él, Dios mismo, ha aceptado ser herido y compadecido por nosotros. Una seña más del “admirable intercambio” del amor<sup>6</sup>.

Así es. Jesús, sometándose a nuestra crueldad, provocó nuestra compasión, arrancó nuestro corazón de piedra y de violencia e hizo nacer un corazón compasivo y misericordioso, capaz de derramar lágrimas por el otro, por el Otro. Esa es la novedad de la compasión cristiana, no ver la condición humana desde arriba sino desde dentro y desde abajo, entrar en su indigencia, precariedad, desnudez, la “nuda vida”, la descarnada humanidad, su crudeza y crueldad, para romper hasta hacer mil pedazos nuestro corazón de muerte y abrirlo al advenimiento de un corazón nuevo, a imagen del Suyo, lleno de compasión y misericordia.

La obra de transformación de la crueldad en compasión se ha llevado a cabo a través del poder- sin poder (Filipenses 2,6-11), una potencia que va más allá de todo poder humano rompiendo la pulsión negativa y destructiva del hombre. Ese anti-poder de Jesucristo ante el hombre lleva los sellos inequívocos de una novedad que es un imposible para el hombre pero no para Dios: el abajamiento, la proximidad, la identificación que no requiere otra cosa sino el abrazo de nuestra condición hasta superar el asco y la repugnancia, la indiferencia y la distancia, la defensa y la autodefensa, hasta la transformación del corazón malvado, cruel, salteador o levita, en un corazón samaritano.

Quedan amigadas así, en Él, la paciencia y la mansedumbre con la proximidad y el acercamiento al hombre, la pasividad, que asume, con la acción, que ofrece, la receptividad con la ofrenda. Solo como le hemos visto hacer a Él se comprende y se vive la compasión. Él grita con su Resurrección: “¡Sí, hay vida sin crueldad!”. Él, el Compasivo silencioso, la Divinidad herida, el que ha querido ser señalado como hombre, “Ecce Homo”, el sufrido Inocente que calla y no abre la boca, que no devuelve el insulto, que no levantó su mano poderosa para caer sobre nuestras despiadadas crueldades y quebrar nuestro pabito vacilante, que imploró para su verdugo el perdón, el “Cualquiera”.

---

<sup>4</sup>FRANCISCO, Papa Misericordiae Vultus n.1, BULA DE CONVOCACIÓN DEL JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA, 11 de abril, 2015

<sup>5</sup>Lam 1, 12; Is 52, 13ss; en los Evangelios se destaca la figura de María como la mujer Compasiva ante el hijo herido y también otras figuras femeninas que muestran una compasión ante el sufrimiento de Jesús en la Pasión, Lc 23, 27. Ap 1, 7.

<sup>6</sup>SAN AGUSTÍN, Serm. Güelf 3

## 2.- LA GRAN PARÁBOLA DE LA COMPASIÓN Y LA MISERICORDIA

La parábola<sup>7</sup> del Buen Samaritano es la página evangélica que inaugura un camino nuevo dentro del ya existente en el pueblo de Israel abierto por Yahvéh, Dios compasivo y misericordioso. La reflexión sobre esta parábola nos hará comprender la estrecha relación entre el amor a Dios y al prójimo y las vías posibles de acceso al que sufre.

### 2.1.- PRIMERA PARTE

#### A.- Sobre la pregunta inicial

El comentario a la parábola del Buen Samaritano requiere detenerse en los versículos precedentes, que se abren con la pregunta que un legista lanza a Jesús: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener vida eterna?”. La pregunta sobre la vida eterna era antigua. “¿Hay alguien que ame la vida y desee días de prosperidad?” (Salm 33, 13) La respuesta, entonces, proponía una concreta praxis, por supuesto conocida por el legista. Lo que interesa de esta pregunta hecha al Maestro, además del interés por probarle, es que revelaba la cuestión realmente palpitante del corazón del hombre que versa siempre sobre la vida y que expresa una clara rebelión contra su finitud; el deseo firme de vivir siempre y el camino para conseguir esa perpetuidad.

#### B.- La respuesta prescrita

Los grupos religiosos de Palestina debatían en tiempos de Jesús las dos cuestiones importantes sobre el amor a Dios y el amor al prójimo<sup>8</sup> a la búsqueda de una síntesis en un contexto de graves tensiones políticas entre ellos, sobre todo entre judíos y samaritanos... El punto clave era, no solo dónde adorar a Dios, sino la realidad concreta del amor al prójimo, la inclusión y exclusión de ciertas categorías en ese amor, como la raza, la fe, la familia...

La respuesta está contenida en la Ley, no es algo lejano y desconocido y, por tanto, es conocida por el mismo legista por lo que Jesús le invita a recordarla: “¿Qué está escrito en la Ley?” Y así el legista responde con la respuesta esperada: “Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. La posesión de la vida eterna ha de pasar por estos dos amores íntima y hondamente ligados: el amor a Dios y al prójimo. Esa es la condición y la gracia: el camino hacia la Vida pasa por el amor, concretado en el amor a Dios y al hombre. Lo que parecía en la respuesta de la Ley una vía con dos direcciones es más bien un camino de encuentro que solo tiene un sentido y es preciso descubrirlo para no perder la vida que se espera.

Los dos mandamientos se cierran en uno solo porque los dos tienen su origen o posibilidad en la fuente misma de todo amor (Mt 5, 48, “sed perfectos como Dios es perfecto” y Lc “sed misericordiosos como vuestro padre es misericordioso”. Ef. Sed imitadores de Dios).

#### C.- La nueva pregunta

Sin embargo, la nueva pregunta del legista no versa sobre Dios, por ejemplo, podría haber sido: ¿Y quién es Yahvé?, ¿por qué no comenzar con el primer objeto de

---

<sup>7</sup> GARCÍA, Santiago, Evangelio de San Lucas, Desclée, de Brouwer, 2012, pág. 262. “No tenemos una alegoría sino una parábola, es decir, una historia que ilustra que el amor a Dios y al prójimo van de la mano. Y que el amor al prójimo está por encima de la observancia de las leyes; y por encima de cualquier consideración racial o territorial” La alegoría pretende dar una imagen a lo que no tiene imagen para que pueda ser mejor entendido por la generalidad, hacer visible lo conceptual. Los Padres han empleado muchas veces, según la escuela a la que pertenecían, la alegoría como forma de explicación del Evangelio. Las características de la parábola son: se escribe en prosa y pertenece al género épico, su extensión es variable, utiliza gran cantidad de metáforas, carácter moralizante o didáctico, evoca a un ambiente, y describe una acción y sus resultados, los personajes que participan en la parábola son seres humanos que se enfrentan a un dilema moral, o realizan una acción cuestionable, para luego sufrir las consecuencias de esa elección. Son relatos que simulan la realidad y hablan de acontecimientos cotidianos y narra una acción simple, singular y consistente, sin detalles extraños ni circunstancias que conlleven a la distracción.

<sup>8</sup> PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, Misericordiosos como el Padre, BAC popular, Madrid 2015, Pág. 87.

nuestro amor? ¿Por qué no detenerse o indagar por ese amor total y complejo a Dios, amor que lo pide todo, siempre difícil de ofrecer?

Sin embargo, el interés del legista está en el otro gran amor exigido: el amor al prójimo. Y así surge la cuestión que da pie a la parábola: “¿quién es mi prójimo?” Con esta pregunta se da comienzo a uno de los relatos más significativos y luminosos del cristianismo.

La pregunta sobre el prójimo destaca la dificultad sobre la identidad del otro, sobre el reconocimiento de su dignidad o de nuestro deber sobre él, los límites de una relación o los extremos que nos pueda exigir, quién hay en ese “otro” que somos incapaces a veces de descubrir... Por supuesto que la pregunta en este texto tiene un interés cultural y cultural pero, a través de ella, Jesús presentará la novedad desafiante e inesperada para el legista y para los que le oyen.

El prójimo para el judío era el próximo, el hermano de sangre, de mi misma raza, de mi misma fe. Es, por tanto, el igual. Esto es bien sabido por el legista por eso la pregunta es sorprendente porque esconde una prueba. ¿Habrá otra respuesta a la antigua cuestión?

Ante la insistencia del legista Jesús presenta un Evangelio escandaloso, quizás porque pudo descubrir en esta misma insistencia una insatisfacción, la de aquél que no le basta con lo ya sabido sino que inquiere algo más que desconoce realmente; quizás porque tras la malicia de la pregunta se abría la posibilidad de mostrar la insuficiencia de una Ley que no podía satisfacer el deseo de verdad, de justicia y de misericordia. Si detrás de la pregunta hay una insatisfacción, Jesús dará una respuesta convincente; si lo que hay es una puesta a prueba, Jesús romperá los esquemas existentes con una respuesta que no admitirá réplicas.

## 2.2.- SEGUNDA PARTE. La proximidad cristiana

### A.- La hostilidad humana. Escenarios de crueldad en la parábola

Entramos, con el eco de esta pregunta (Y, ¿quién es mi prójimo?), a rastrear la hostilidad humana y alguno de los escenarios de crueldad que nos propone esta parábola, analizándolos para que nos desvelen la triste verdad que a menudo mueve también nuestras vidas orientadas por una libertad torcida y malvada. Comenzamos con los escenarios de hostilidad representados por varios tipos humanos.

a.- Un hombre. Jesús cuenta la historia de un hombre cualquiera, sin nombre, sin designación étnica, sin oficio, vivo y vital, con proyectos y voluntades, y expuesto al otro, como ser frágil y vulnerable. Se trata de un “hombre sin atributos”, por lo cual todo hombre (anthropos) está representado por este, del que se nos va a contar algo importante, pues va a ser el sujeto paciente de una historia dramática y, a la vez, espléndida.

Lo primero que se nos dice de este ser humano es que es un viajero pues va de un lugar a otro, de Jerusalén a Jericó. En la época de Jesús, el peligro y la dificultad caracterizaban este camino (28 Kms.), una calzada romana utilizada por la Legión X para el asedio a Jerusalén, el paso de Adummim<sup>9</sup>, la “cuesta roja”, el “camino de sangre”, por sus arenas rojas y también por la sangre vertida en ellas a causa de los maleantes que acechaban a los que por él transitaban. Esta vía se inicia a unos 750 metros sobre el nivel del mar, y baja unos mil metros hasta alcanzar Jericó, en el valle del Jordán, a 258 metros bajo el nivel del mar<sup>10</sup>. Es importante retener el pronunciado “descenso” de este camino.

Querríamos saber más sobre este hombre viajero pero el texto no da más señas sobre él porque lo realmente interesante es lo que viene a continuación.

<sup>9</sup> FITZMYER, J.A., El Evangelio según Lucas, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1987, Pág. 284.

<sup>10</sup> GÓMEZ ACEBO, Isabel, Lucas, Verbo Divino, Navarra, 2008, Pág. 307.

b.- Otros hombres. Sin más descripciones ni preámbulos la parábola entra a relatar los encuentros de este primer hombre con otros grupos humanos en este lugar inhóspito.

El primero de estos encuentros será con un grupo de maleantes, posiblemente, ladrones comunes que le roban, le despojan de las vestiduras, le golpean hasta dejarlo medio muerto y le abandonan. Estos hombres sí tienen “oficio”, precisamente es lo que les identifica, y su actuación es clara y contundente, inauguran el principio de la acción.

Dice el texto que el viajero “ha caído en sus manos”, término que tiene muchas connotaciones y, en esta situación, son todas negativas: caer en las manos de estos se presenta como una fatalidad, algo inesperado que rompe el curso normal de la vida, ahora tan disponible y tan vulnerable que estos podrán hacer y deshacer lo que deseen, porque le tienen en sus manos, cogido, asido, como si se tratase de un objeto él mismo y no solo el posible objeto de valor que lleve consigo. El viajero es, para estos salteadores, algo que se puede “tomar”, agarrar, manejar a voluntad del yo dominador, saqueador, que no tiene más ley que la suya propia.

Caer en estas manos es un fatal e inoportuno destino, una mala suerte para este hombre, algo totalmente inesperado y malvado.

Evidentemente los salteadores han llevado a cabo un crimen de enorme crueldad sobre un hombre indefenso y su hazaña es a nuestros ojos reprobable, injusta, brutal, perversa. Es claro para nosotros ese manejo de la crueldad incapaz de ver al ser humano y que, a la vez, desea verlo en su desnudez, en su despojamiento, gozando ante la visión de la sangre, del “crudo” humano<sup>11</sup>. Su acción es injustificable y, por tanto, merece nuestra reprobación absoluta.

Es en este momento del relato donde se presenta la verdadera cuestión: ante este hombre que se debate entre la vida y la muerte, ¿qué hacemos? Lo que venga después solo puede empeorar o mejorar la situación.

Así las cosas, el segundo encuentro es con un sacerdote, un hombre dedicado al Templo<sup>12</sup>, y, por tanto, aparece por su condición religiosa como una esperanza en plena crisis de la vida del herido. Inmediatamente se nos dice que viéndole le evita dando un rodeo. A continuación, acertó a pasar por allí un levita e igualmente le vio y dio un rodeo.

Estas dos conductas urgen una pregunta: ¿Por qué viéndole dan un rodeo y siguen su camino? Muchos exegetas defienden la teoría de que no se detienen por no caer en impureza, pero ese argumento es insatisfactorio porque la Misná también hace excepciones con un cuerpo abandonado<sup>13</sup>. Tanto el sacerdote como el levita, ocupado en los trabajos menores del Templo como sacerdotes auxiliares, no han socorrido al caído en desgracia y no se hacen explícitos sus motivos en la parábola, aunque queda claro que no ha servido su religiosidad para dar respuesta a este hecho humano y han hecho fracasar las posibles expectativas de que fueran ellos los que resolvieran esta crisis. Por lo tanto, Jesús, al presentarnos estos sujetos y sus acciones concretas está criticando o poniendo en cuestión un sistema religioso carente de humanidad. Ni uno ni otro han visto al hombre herido, sino que “algo”<sup>14</sup> ha ocupado su lugar

<sup>11</sup> MÉLICH, Joan-Carles, *Lógica de la crueldad*, Herder, Barcelona, 2014, pág. 27.

<sup>12</sup> Jericó era la ciudad en la que habitaban de manera estable muchos sacerdotes dedicados al templo de Jerusalén y que, cuando le tocaba el turno litúrgico, subían a ella por este camino.

<sup>13</sup> GÓMEZ ACEBO, Isabel, *Op. cit.*, pág. 308

<sup>14</sup> Porque el Templo requería su tiempo, porque su oficio requería toda su limpieza de manos, porque su oficio llevaba consigo una clase social y no podía mezclarla con otras clases. Porque tal vez no vio. Realmente no vio al hombre porque tenía ante sí su propia dignidad como sacerdote que no podía poner en peligro.

. Porque la Ley es exigente con este tipo de cosas, requerirá purificaciones, saberse y sentirse impuro por tocar a un muerto, quizás, como parece ser, o por tocar su sangre... o porque no le vio realmente.

y ha absorbido su atención<sup>15</sup> hasta justificar el abandono del hombre que yace medio muerto al borde del camino.

Jesús ha puesto a los tres personajes de estos tres encuentros al mismo nivel ético-moral, siendo de extracción social y religiosa muy diferentes pero, su reacción ante este primer hombre, los iguala: “han dejado medio muerto” a un hombre, han apostado por su muerte y no por su vida. Se puede decir de los tres que han dado muerte a un hombre o no les ha importado la vida de un hombre, unos por comisión y, otros, por omisión, unos, con violencia y, otros, con indiferencia.

## B.- Las razones

Al buscar las razones de su acción encontramos elementos comunes a los tres en su primera motivación al actuar sobre él. Entremos en ello.

a. - La indiferencia. Lo contrario a la caridad, a la misericordia, a la compasión, no es el odio, ni siquiera la agresividad y la violencia, sino la indiferencia. La caridad ve, la indiferencia no ve, hace caso omiso de una presencia que inquieta, reclama, pide, que está ahí y requiere la mirada para ser reconocida. A conciencia se orilla, se distrae y desvía la atención del punto que nos requiere. La voluntad de indiferencia pone todo de su parte para anular a aquél que no se quiere ver y al que se siente como enemigo (hostes), al que de ese modo se expresa nuestra hostilidad y, así, se actúa con él de un modo determinado: ignorándole. La indiferencia es un asesinato... incruento. Tanto el levita como el sacerdote hicieron lo mismo que los salteadores: obviar al hombre, no querer verle como tal, hacer lo posible para que no exista, retirándole de su campo visual.

La acción de los salteadores es deleznable, totalmente mezquina, por su crueldad: robarle, golpearle, desnudarle, abandonarle sin pensar en la posible muerte... por el fin y por el modo mismo; porque actúan en grupo, es decir, se imponen en desigualdad aplastante ante un hombre solo y desarmado, no se trata de la lucha de un hombre contra otro hombre sino algo peor: la de un grupo contra un hombre solo, lo que le hace a éste doblemente vulnerable y débil. Pero, la actuación del sacerdote y del levita merece un juicio parecido, muy similar. Solo les diferencia la violencia.

La falta de amor les lleva a unos a pensar en el hombre como en un objeto que saquear y sustraer; a otros les lleva a tratarle como un obstáculo, una molestia para conseguir un fin y esto les lleva a no ver, a no acercarse, a obviar una presencia, a dejar a un hombre morir... En los tres es evidente esa indiferencia que es la absoluta lejanía del otro hasta hacerle invisible<sup>16</sup>, inexistente. Es un modo de homicidio perpetrado por tres tipos humanos que el Señor parece igualar.

b.- La diferencia

¿Dónde o en qué tiene su origen la indiferencia? En la diferencia. El diferente puede ser tenido como el extraño, el extranjero, para los griegos era el bárbaro, el que viene de fuera y no pertenece a nuestra “tribu”. En la parábola, el herido es el diferente con respecto al levita y al sacerdote, porque es el impuro frente a ellos que son los puros o los fieles. Más allá de los límites de seguridad solo

---

<sup>15</sup> Sería interesante trabajar el tema de la atención simpática porque en esta parábola no llega a darse y por eso precisamente ni se ve ni se repara en el herido. Falta la simpatía, el afecto, la compasión, la ternura para que pueda haber atenciones con este hombre.

<sup>16</sup> El tema de la invisibilidad del prójimo tiene su punto de encaje en esta parábola e ilustra un tipo de relación con el otro: cuando lo hago “invisible” para mí, lo reduzco a la invisibilidad porque me incomoda de muchas formas con su “estar ahí”.

hay inseguridad, “más allá, dragones”, como decían los antiguos mapas sobre el margen de los mares conocidos de la Antigüedad.

Sin embargo, el diferente aporta una visión nueva o al menos distinta del mundo y de la vida, es así un complementario y puede ser una verdadera compañía. Es un alter, la “otra” parte de mí que necesito para vivir, que no soy yo pero que me ha sido dada como complemento y ayuda.

La verdadera relación con lo otro o con el otro me lleva a sentirlo como alguien que tiene su propia identidad y con el que media, por ello, una sana distancia que hace posible el encuentro y la misma relación. Si el hombre no ha descubierto el tú como don –no posesión ni obstáculo- siempre intentará buscarse a sí mismo en el otro y, cuando no se encuentre y no se vea en el otro reflejado (como si se tratase de una mirada al lago y la proyección en él de sí mismo, experimentará un rechazo y una distancia, será la muerte de una relación.

En la parábola hay una diferencia que tiene sus términos definidos: los salteadores, el sacerdote y el levita frente al hombre herido que es el diferente, en cuanto que entraña algo que le distancia, o bien porque es un objeto que robar o es una presencia que me hace impuro; y otra diferencia que será propuesta como salvífica: la del infiel que, sin embargo, salva al hombre. Será esta diferencia, la ritual-cultural, la que delate la insuficiencia de la Ley para salvar al hombre.

## SEGUNDA PARTE DE LA PARÁBOLA

### II.1.- Contra la crueldad, LA COMPASIÓN

a- La deferencia es lo contrario de la indiferencia. Si ésta es el modo vil de orillar a un ser humano, obviándolo, matándole con el desprecio de no hacer de él aprecio, la deferencia es conceder al otro la atención, darle la vida, ofrecerle el primer lugar, el primer puesto, la preferencia, dejarle que pase él delante o hacer de él el centro de mayor atención y servicio.

Cuando hablamos de dar a alguien un trato deferente quiere significar sacarle del anónimo para que ocupe un puesto preferente, es como decirle “sé que estás aquí y te lo hago sentir como lo más importante que tengo en este momento en mi vida. Tú eres importante. *Tú estás antes que yo*”.

En la parábola aparecen dos personajes que nos presentan dos modos de deferencia: una, la del buen samaritano y su modo de actuar con el hombre herido; otra, que se realiza por encargo y que es retribuida, la del hospedero. Me ocupo primeramente de la que representa el personaje eje de la parábola:

- El Buen samaritano. Este hombre de la parábola que se constituye como la clave de intelección y de comprensión de la nueva propuesta de Jesús, participa de un rasgo común a los dos últimos: están implicados en el culto al único Dios<sup>17</sup>. Sin embargo, el samaritano será el contrapunto indicador de una novedad inesperada y escandalosa, pues era el impuro, el extranjero, el que estaba fuera de la Ley, el “malo” a los ojos de Yahvéh, y, sin embargo, Jesús le va a poner como modelo por su actuación con el hombre abandonado medio muerto en la cuneta.<sup>18</sup> Por eso, será presentado del mismo modo que los dos grupos anteriores pero introducido con un elemento adversativo (“*Pero un samaritano que pasaba le vio, se acercó y tuvo compasión*”), que avisa de un cambio significativo con respecto a lo anterior: el samaritano será el

<sup>17</sup> Op. Cit. Misericordiosos como el Padre, pág. 238. Aunque en la tríada perfecta el tercer personaje era siempre un israelita (Dt 18, 1; 27, 9) no un samaritano

<sup>18</sup> SAN AGUSTÍN, Sermón 299D, 2. “Aquel hombre, siendo de Jerusalén, tenía como prójimos los sacerdotes y los levitas y como extraños a los samaritanos. Pero los prójimos pasaron de largo y fue el extraño quien se aproximó”

que actué con compasión (frente a la crueldad), con deferencia (frente a la indiferencia), con hospitalidad (frente a la hostilidad de los primeros). Lo vemos en los gestos descritos en la parábola sobre su actitud ante el herido:

. Ver. La indiferencia (un modo también de hostilidad y crueldad) no concede la mirada, al contrario pasa por el hombre como sin verlo. Cuando tratamos con indiferencia a alguien basta con hacer explícita una actitud de exclusión, como si esa persona no existiera porque mi soberana voluntad así lo ha decidido y, entonces, no la considero, la ignoro, no atiende a su persona, a sus palabras, a su necesidad, como si no la viera porque, en realidad, no existe. Los otros dos personajes sólo se veían a sí mismos.

La indiferencia es una miopía que empobrece y achica. Sin ver no puede haber un encuentro porque solo los sentidos nos revelan la realidad, tal y como es, sin imaginaciones y elucubraciones. El que ve constata una verdad, una necesidad, una urgencia, un reclamo, una herida... y conoce también cuál es el momento oportuno y la urgencia, el reclamo, la herida de que se trata... Constata el modo y el tiempo en el que se vive<sup>19</sup>.

La actitud de disconformidad con los dos personajes últimos surge con ese *ver verdadero* que le hace no dar un rodeo y esquivar la presencia herida del hombre sino acercarse a él y compadecerle. Por lo tanto, la compasión brota de esa verdadera visión que permite ver la realidad sin que nada se interponga entre ella y el que la mira.

. El acercamiento. “Llegó junto a él”, alude al punto estratégico en el que los otros dos personajes toman la decisión de “dar un rodeo”. Es un lugar todavía distante pero desde el que se puede apreciar algo, al menos desde él surge una alerta sobre un hecho al que puedo atender o no. Mientras los otros dos hombres, *desde ahí*, deciden pasar de largo, el samaritano tomará la decisión contraria, acercarse.

El acercamiento significa apertura de un hombre hacia otro (o hacia la realidad) y, también, aceptación de alguna relación determinada con el otro. Los salteadores llegaron a acercarse (¡le golpearon!)<sup>20</sup> a ese primer hombre.

. Compasión, que es la consecuencia de la visión y el acercamiento. “Tuvo compasión”. Ella pone el dedo en la llaga de la herida humana más lacerante: la del mal, la de la crueldad, la del dolor y el sufrimiento, la de la muerte. Por eso compasión tiene su contrario en crueldad, como abrigo lo tiene en desnudez, como vida tiene en muerte porque la compasión implica:

- identificarse con el dolor ajeno hasta hacerlo mío, una especie de empatía y de simpatía ante el otro que sufre y que me apela. La preposición que nos liga al otro es *con*.

- socorrer, ir hacia todo hombre que sufre. La preposición que lo distingue sería *hacia*

- dar la vida por el que sufre. La preposición es *por*.

La compasión bíblica, tanto la del AT como la del NT, es misericordia porque aúna lo que es compasión con la fidelidad y el compromiso con el que sufre, al que de algún modo estamos ligados y esto será lo que Jesús en esta parábola va a proponer.

Nadie puede tener compasión sin ser capaz de percibir el dolor ajeno, de imaginar en nuestra propia piel la desgracia del otro y sin ser capaces de salir de uno mismo hasta hacerse el otro, identificándose con él. Si somos superiores a los animales es porque somos capaces de apiadarnos, lo que ha hecho de nosotros unos supervivientes porque sin la compasión la especie humana habría desaparecido hace tiempo<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> El “ser y el tiempo” ante el que me apuesto o la vida me ha puesto.

<sup>20</sup> Golpear a un hombre y curarle son dos formas de estar “cerca” del otro pero les distingue la intención sobre él. Por lo tanto, el contacto, que es necesario para la misericordia, salva al hombre del contacto perverso que aniquila.

<sup>21</sup> La supervivencia es así explicable no solo desde la agresividad y capacidad de defensa, que me da el sentir la hostilidad, sino también gracias a la capacidad de cuidado, de compasión y de hospedaje que ofrece un ser humano a otro.

La compasión cristiana, la que va a elevar Cristo a categoría de identificación con él (que se abajó por nosotros y nos rescató cuando estábamos heridos en el camino, curando las heridas, cargando con nosotros hasta conducirnos al lugar seguro) conmueve y mueve al hombre a tomar una decisión por el otro y a realizar una acción por él como compromiso que no admite dilaciones, ni justificaciones, sino que exige el salto del yo al tú que me requiere.

En su último discurso, pronunciado el 3 de abril de 1968, el día anterior a su asesinato, conocido bajo el título *I've Been to the Mountain* (He estado en la cima de la montaña), Martin Luther King describió el camino de Jerusalén a Jericó de la siguiente manera: "Recuerdo cuando la señora King y yo estuvimos por primera vez en Jerusalén. Alquilamos un automóvil y fuimos de Jerusalén a Jericó. Y tan pronto como llegamos a ese camino le dije a mi esposa: 'Puedo ver por qué Jesús usó esto como el escenario de su parábola'. Es un camino sinuoso, serpenteante. Es realmente propicio para emboscadas (...) Ese es un camino peligroso. En los días de Jesús, vino a ser conocido como el 'sendero sangriento'. Y usted sabe, es posible que el sacerdote y el levita miraran por encima del hombre tirado en el suelo y se preguntaran si los ladrones todavía estaban en los alrededores. O es posible que ellos sintieran que el hombre en la tierra sólo estaba fingiendo, que estaba actuando como si le hubieran robado y herido con el fin de capturarlos, de atraerlos para una incautación rápida y fácil. Y así, la primera pregunta que el sacerdote se hizo, la primera pregunta que el levita se hizo, fue: 'Si me detengo a ayudar a este hombre, ¿qué me va a pasar?' Pero luego, el samaritano vino a él. E invirtió la pregunta: 'Si no me detengo a ayudar a este hombre, ¿qué va a pasar con él?' En la compasión puede haber miedo pero en el miedo no hay compasión. Para el miedo el otro es una amenaza, para la compasión el otro es un ser privado de un bien, un ser percibido entrañablemente. El buen samaritano pensó: si me detengo, ¿qué será de mí? Y, si no me detengo, ¿qué será de él? Y venció esta pregunta última.

Esta misericordia con el otro o compasión deferente tiene rasgos concretos o acciones inevitables, tras el ver y decidir y serán los siguientes:

- Acercarse hasta *tocar* al otro. No hay verdadera misericordia sin contacto, es decir, sin tocar y ser tocado por el dolor ajeno.
- Curar, vendar las heridas. La compasión no es sentir lástima sino *curar*, tiene siempre una pretensión sanadora, salvadora, es decir, pretende devolver la salud.
- Cargar con él. Hay un místico desposorio entre el samaritano y el herido que requiere una *responsabilidad* expresada en la parábola en dos acciones añadidas a las anteriores y que aportan un mayor compromiso con el hombre:
  - Le carga sobre sí, sobre la propia cabalgadura,
  - Le deja en lugar seguro, es decir, le cubre no dejándole en la intemperie.
  - Cuida de él.
  - Paga el precio necesario para su curación, encargando a otros también que hagan lo mismo.

En una lectura simbólica o alegórica del texto lucano podemos reconocer en este hombre al mismo Jesús, que en su Encarnación se abajó hasta el encuentro con la criatura y hasta la muerte por ella (Flp 2, 6-11).

b.- DE LA HOSTILIDAD A LA HOSPITALIDAD: el cuarto personaje

- Culpabilidad y responsabilidad

Me llamó la atención de esta parábola el que no se muestre interés o urgencia por buscar al culpable sino más bien por acentuar la responsabilidad inmediata sobre el hermano, sobre todo si se encuentra herido, el reconocimiento del prójimo al que debo atender, sin más.

Esta parábola trata de un modo muy sorprendente el tema del mal, especialmente aquél que radica en el interior del hombre y emponzoña las relaciones humanas.

El culpable es el salteador, es el verdadero adversario del aquél hombre que iba de Jerusalén a Jericó. Pero, tanto el legista como el sacerdote no solo no denunciaron ni acusaron el mal acaecido sobre ese hombre sino que tampoco salvaron a la víctima de ese mal, por lo tanto, no fueron culpables pero sí responsables del mal al haberse topado con él y no dar un remedio inmediato. Y, si siendo responsables no hicieron nada, acaban siendo culpables no como ejecutores del crimen primero sino de la posible muerte de ese hombre.

Esta es una importante intuición cristiana: para ser realmente responsable no es indispensable ser culpable, en primera instancia. Hay en esta parábola un desplazamiento tácito de la responsabilidad de denuncia a la responsabilidad de ayuda y de la responsabilidad de culpabilidad a la responsabilidad de acción (hacerse prójimo). Jesús se fija en la acción práctica contra el mal, en definitiva, nos presenta abiertamente la única y auténtica solución al mal: salvar en el aquí y ahora al hombre, dar la salud a aquél que fue herido por otros y, con ello, restaurar con el bien la situación malvada creada por otros. Se interesa más por la víctima que por los culpables, se interesa por aquél que ha padecido el mal, el verdadero inocente que sufre un mal inmerecido. Esta es la prioridad evangélica: ¿no es lo que importa combatir el mal allí donde están presentes los desastres de su victoria?

El cristiano es, por tanto, aquél que no siendo el culpable asume (ADSUM), a través del amor y del ejercicio del bien, la situación de pecado y de mal creada por otros, hasta transformar el mal en bien. La responsabilidad cristiana es un modo de expiación no solo de las faltas propias sino también de las ajenas. No basta decir “yo no fui”, se nos pide asumir el mal del otro como propio hasta combatirlo, como si hubiésemos sido nosotros también culpables de ese mal infligido.

- La responsabilidad

Responsabilidad viene de un verbo latino<sup>22</sup> que significa eso mismo: cargar con el otro, responder ante alguien de la vida de otro. Hacerse responsable del otro significa que cargo con su vida pues ella me pertenece, se me da en custodia y no puedo pasar de largo ante ella. Es, por tanto, la réplica al cainismo más duro. La compasión y la misericordia nos hacen responsables del otro, del pobre, del herido. Es la restauración de la fraternidad rota en los inicios: “¿Qué tengo yo que ver con mi hermano?”(Gn 4, 9). Tengo que ver todo y siempre (1Jn 3, 17-18), porque como criaturas que somos hemos sido marcadas por nuestro Creador con el signo de lo solidario, signo de comunión y de unidad<sup>23</sup>, de identificación: un hombre y una mujer que serán una sola carne, dos hermanos, el cuidado de la tierra por el hombre, que todos sean uno, lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos a mí me lo hacéis, porque tuve hambre y me disteis de comer...

- La hospitalidad cristiana. El hospedero.

La introducción de este quinto personaje que actúa sobre el herido es la consecuencia de la responsabilidad ejercida por el samaritano; este actúa en nombre propio; el hospedero actuará por encargo o delegación, es decir, el primero que se ha hecho cargo implica a otros en el cuidado del herido y les pide que lo hagan en su nombre, que colaboren con él en el rescate de aquél como si fuera él mismo. Esta es la auténtica dinámica samaritana. Por lo tanto, el samaritano sigue presente, su acción se alarga más allá del “ahora” de la parábola y del lugar en el que encuentra al hombre al derivarse hacia otras instancias: la de una posada y un posadero, a los que recompensará por el cuidado ejercido sobre el hombre herido.

---

<sup>22</sup> Spondeo, de este verbo sale también de su supino el término castellano esposo, esposas. El esposo/a es aquél o aquella que se hace responsable del cónyuge por medio de un compromiso de amor. Incluso esta raíz está presente en aquél acto último en el que se reza un responso por alguien que acaba de fallecer y esto tiene el valor inmenso de ser una oración a Dios por aquél que ha muerto y del que respondemos, del que nos hacemos cargo nosotros, los vivos. que significa eso mismo: cargar con el otro, responder ante alguien de la vida de otro

<sup>23</sup> FRANCISCO Papa, Laudato sí, LS 16, 91, 117, 138, 240

Es un paso más sobre la responsabilidad cristiana que se hace hospitalidad, acogiendo hasta el fin el mal hecho por otros y el mal sufrido por algunos, y transformando la hostilidad en hospitalidad: en lugar de ir contra el hombre, ir a su favor hasta hospedarlo, darlo alojamiento y cuidado. Se nos ofrece, pues, en esta parábola una ética del cuidado que ensancha la misma ética de la proximidad<sup>24</sup>, pues muestra el plan de Dios sobre la humanidad haciéndole pasar de la hostilidad (del enemigo y/o extranjero) a la hospitalidad (al huésped y/o hermano) fundando así la comunidad humana. “En el origen e toda civilización está la transformación del enemigo en huésped. All'origine di ogni civiltà c'è la trasformazione del nemico in ospite. `Tu nos sei come noi e allora ti uccidiamo´ diviene `Tu non sei come noi e allora ti ascoltiamo´. Ma il giorno in cui il nemico diventa ospite, allora la comunità umana è finalmente fondata”<sup>25</sup>.

Era la experiencia del pueblo hebreo, tantas veces necesitado de acogida por parte de otros; será la experiencia del nuevo pueblo cristiano, de María y José con el niño recién nacido, de la hospitalidad de Betania para Jesús, de la llamada a Zaqueo... el signo de las nuevas comunidades surgidas de la Pascua, la vida monástica de los primeros tiempos, la vida misma de la Iglesia... El cristianismo instauro en el mundo la mejor humanidad de este modo, por ello *hospitalitas* y *humanitas* serán dos palabras inseparables para el que sigue al Señor Jesús

El relato trasciende los límites del tiempo y del espacio dando así al hombre que ayuda a otro una perspectiva muy amplia, escatológica. La esperanza para el hombre será que toda acción buena de uno hacia otro será recompensada (Cuando vuelva te lo recompensaré) porque ese acto tiene valor de eternidad y, por tanto, no caduca sino que pervive como bien que es y no muere. La misericordia se hermana, por tanto, con la justicia en la persona del hospedero pero va más allá de ella cuando se ofrece a aquél que no tiene más mérito que el ser necesitado de ella. La misericordia resuelve la crueldad que siempre se ciega con los más débiles hasta eliminarlos, mientras que la primera “levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre” como un movimiento contrario a toda crueldad.

En esta parábola se pone de manifiesto que toda acción de acogida al otro es pagada y recompensada en el sentido de que ella misma genera un raudal de gracia en el instante de acoger y de permanecer en la acogida el tiempo que se requiera, es decir, Jesús deja claro que ninguna acción hecha en su nombre, el Buen Samaritano, quedará en el olvido pues la misericordia con el prójimo ofrece la misma misericordia o amor abundante al que acoge. Se hace justicia con el que fue herido porque al final se le socorre y salva; y se hace justicia con toda acción de misericordia con el prójimo pues se nos dice que será recompensada, aquí o en otro tiempo o lugar (“cuando yo vuelva”)

La lectura cristológica y eclesial del texto nos lleva a ver la parábola como una alegoría e interpretar la acción de Cristo sobre su Iglesia y la acción de la Iglesia por mandato de Cristo<sup>26</sup> de ser lugar de Misericordia. Esta acción ha de ser constante hasta el fin de los tiempos, es una misión de por vida, un ministerio eclesial. “Los cristianos que, de forma individual, asociada o institucional, se consagran a esta misión deben saber que

<sup>24</sup> No basta en la proximidad con acercarse es preciso que la acción sobre el prójimo suponga un cuidado con él, es decir, un contacto salvador. MARÍN, Gloria. Ética de la justicia, ética del cuidado. 2003; TORO, Bernardo. Desarrollo humano y ética del cuidado del mundo. Universidad de Caldas. Manizales, 2005; FRANCO, Zoila Rosa. La bioética y la ética del cuidado para el desarrollo humano integral. Universidad de Caldas. Manizales, 2009.

<sup>25</sup> CLÉMENT, Olivier, Dio è simpatía, Leonardo International s.r.l., Milano, 2003, Págs. 107-112. “Tú no eres como nosotros y entonces te matamos”, se convierte en “tú no eres como nosotros, por eso te acogemos”. El día en el que el enemigo se convierte en huésped entonces la comunidad humana ha sido finalmente fundada”.

<sup>26</sup> En la parábola el hospedero acoge al herido por petición del samaritano; en una lectura cristológica, ese buen samaritano es Jesús y el hospedero recibe de él un mandato, no es, por tanto, un profesional que ejerce bien su oficio sino que lo lleva a cabo por iniciativa de Otro. Es interesante ver MARÍN, Higinio, Teoría de la cordura y de los hábitos del corazón, Pre-textos, 2010, pág. 172

ellos son órgano especializado de la comunidad cristiana en una tarea que les es singularmente propia por singularmente urgida desde el Evangelio<sup>27</sup>.

### c.- La projiudad

Para la misericordia nada se antepone al hombre, ni la ley, ni el templo, ni sus bienes o posesiones porque adonde hay que llegar a tiempo es al hombre.

- Contra el cainismo. Esta parábola destruye el más feroz de los cainismos posible. Recordando las palabras del Génesis sobre la historia de los dos hermanos y la muerte de uno de ellos a manos del otro se nos hace patente la pregunta de Yahvéh a Caín "¿Dónde está tu hermano?" (Gn 4, 8) Y la respuesta de aquél "¿Qué tengo yo que ver con él?" se presenta como un imposible en el cristianismo como lo era en la religión judía porque desde la creación la historia de los dos hermanos es la historia del hombre, de un mismo hombre, de toda la humanidad, en la cual todos somos responsables de todos, los unos de los otros.

¿Qué dice Jesús? Que nadie puede ya no sólo hacer lo que hizo Caín, o los salteadores, sino que tampoco puede responder a Dios diciendo que nada tiene que ver con su hermano, que en definitiva es lo que han hecho el sacerdote y el levita. Queda cerrada con esta parábola una historia antigua, viva en la memoria de todo judío, contada y oída desde la niñez. Jesús ha venido a contárnosla y a darla plenitud, porque será clave para entender la relación con Dios y con el hombre. Él mismo lavará la sangre de Abel y rescatará al Caín que por pura misericordia quedó libre.

- El prójimo y la projiudad. "Mas, tú que todavía no ves a Dios, amando al prójimo te harás merecedor de verle a Él. El amor del prójimo limpia los ojos para ver a Dios, como lo dice claramente Juan: *Si no amas al prójimo, que estás viendo, ¿cómo vas a amar a Dios, que no ves?* Mira que se te dice: *Ama a Dios*. Si tú me dices: *Muéstrame a quién debo amar, ¿cuál va a ser mi respuesta sino la misma de Juan? Nadie vio jamás a Dios*. No te juzgues, sin embargo, como en absoluto excluido de la visión de Dios: *Dios, dice, es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios*. Ama, pues, al prójimo e intuye en ti el principio de ese amor del prójimo, y en él verás a Dios en la medida que puedas. Comienza, pues, por amar al prójimo<sup>28</sup>.

En este Evangelio del Prójimo Jesús presenta la clave del amor, desglosada en la descripción del prójimo y de nuestra relación con él y así nos traza el mapa de la más completa humanidad, desde lo más bajo hasta lo más luminoso de ella misma.

La parábola concluye con una pregunta de Jesús al jurista para que este saque sus propias conclusiones. "¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en mano de los salteadores?". Pero, esta pregunta invierte los términos de la hecha por el jurista sobre quién era su prójimo, con lo cual ya en la pregunta última se ofrece una nueva perspectiva: no ya quién es mi prójimo sino de quién soy yo prójimo<sup>29</sup>. Jesús resalta en su pregunta que no es tan importante el prójimo como la projiudad, ser prójimo para otro, aproximarme yo al otro para socorrerlo porque no solo él, el herido, se me aproxima al reclamarme su precariedad y necesidad, sino que la compasión y la misericordia llegan a plenitud cuando yo me acerco o aproximo al que está herido y me requiere, aunque sea silenciosamente. El prójimo me puede despertar la misericordia pero eso no basta, se requiere que yo la ofrezca como don al otro para que sea verdadera misericordia y ese es el ejercicio de la projiudad, que va más allá de la normativa, del imperativo categórico heredado y es así tantas veces una actitud transgresora porque supera lo étnico, lo político, lo religioso...<sup>30</sup>

<sup>27</sup> URIARTE, Juan María, Claves de conversión, Sal Terrae, 2015, Pág.114.

<sup>28</sup> SAN AGUSTÍN, Comentario a Juan 17, 8

<sup>29</sup> MÉLICH, Joan-Carles, Ética de la compasión, Herder, 2010, Pág. 230.

<sup>30</sup> Idem, pág. 49.

- Vete y haz tú lo mismo. Del espectro presentado sobre la humanidad el extremo último nos ofrece el rayo más espléndido y luminoso de ella, el más transparente, la luz más meridiana. “El que practicó la misericordia”. Así es. Una nueva bienaventuranza es aquí trazada, frente a la presencia del mal se yergue una presencia de vida, de gracia, de amor, de afecto y ternura, en la persona del samaritano que dio la preferencia al otro.

No queda más opción que comprometerse en ese camino. “Vete y haz tu lo mismo”. Ésta es la Ley nueva que rompe con todo un mundo de convenciones y de egoísmos, de normas y de leyes que no cuentan con el hombre. Todo termina en un nuevo mandamiento, en una palabra contundente que no puede obviarse: Ve y haz. Hay una obra de misericordia<sup>31</sup> que hacer y Jesús no se queda en la teoría sino que insta a la acción concreta. Es un imperativo categórico, sin otra opción y sin excusas.

En el cumplimiento de este imperativo se juega no ya la vida eterna sino, incluso, la propia fe porque no podrá disociarse la fe y las obras, por eso la misericordia lleva aliadas las obras, acciones determinadas, que la ponen de manifiesto.

## II. 2.- La lectura cristológica

Aunque es cierto que hacer de la parábola una alegoría la puede empobrecer, el magisterio de la Iglesia, los Padres, han visto en la figura grande y luminosa del Buen Samaritano al mismo Jesús<sup>32</sup>. Él se ha puesto en camino, ha bajado del seno de la Trinidad a este mundo nuestro (como la bajada de Jerusalén a Jericó, una bajada extrema) y su camino pasa por el hombre porque ha bajado para buscarle. Si para el hombre, Jesús es el Camino hacia el Padre; para Jesús, el hombre es el destino.

Así, contemplando a este buen samaritano se descubre el rostro de Dios que desearon ver los patriarcas y los profetas<sup>33</sup>. Él se acercó al hombre y, abajándose, le curó sus heridas (Filipenses 2, 6-11). Le da el unguento precioso de los sacramentos previstos en este aceite y vino que alivian, fortalecen, purifican... Le deja al herido en lugar seguro –la Iglesia- y paga el precio de su estancia porque el amor siempre llevará adherida su recompensa. “Jesús va hacia el hombre para sumergirse en él”<sup>34</sup>. Es la kénosis de Dios que sólo tiene sentido desde el amor inmenso al hombre caído, “pobre y desamparado”.

Este Jesús que se abaja para recoger del suelo, de la tierra, a este hombre malherido y abandonado, con la fuerza de su amor le eleva hacia su misma altura, cargándole sobre sí. La relación entre Dios y el hombre se reconoce así como un desposorio, si esposo viene del mismo verbo que responder –spondeo- la relación entre Dios y el hombre es una respuesta del uno para el otro, se responden, responden el uno del otro, se corresponden, se responsabilizan, se corresponsabilizan el uno del otro.

Cristo, no siendo culpable, se hizo responsable y salvador del hombre. Ni culpable, ni acusador, ni víctima, sin parte alguna en la culpabilidad, solo el Samaritano Cristo puede ser invitado por el Padre a asumir la responsabilidad del mal, hasta la culpabilidad, y hacerse víctima de ella y por ella.

Esa profunda relación sponsal del hombre con Dios se establece entre el hombre y el otro hombre. Relación nueva que nunca podremos obviar, ni pasar de largo porque desde ahora, para llegar al Padre habrá que pasar por el hombre y el Hombre-Dios, Cristo Jesús.

Pero esta relación sponsal que Cristo ha establecido con el hombre llega a la identificación por lo cual toda acción sobre el hombre, sobre todo, el más humilde y

<sup>31</sup> SCHÖNBORM, Christoph, Hemos encontrado misericordia, Cuadernos Palabra, Madrid, 2011, Pág. 130-148

<sup>32</sup> CANTALAMESSA, Rainiero, Echad las redes, Edicep, Valencia, 2003, cita a ORÍGENES, Homilias sobre Lucas 34.

<sup>33</sup> FRANCISCO, op. Cit. 1, “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre”.

<sup>34</sup> CORBON, Jean, Liturgia fundamental, Palabra, Madrid, 2001, Pág. 46.

necesitado, es una acción sobre el mismo Cristo<sup>35</sup>. Las palabras de Jesús “a mí me lo hacéis” o “tuve hambre y me diste de comer” o “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” representan el lenguaje de una compasión de Dios por el hombre en grado máximo, en una vinculación que hace del hombre, sobre todo, del pequeño, del necesitado, del hermano, un lugar epifánico y, sobre todo, un lugar teológico porque en el hombre se manifiesta Dios y es posible encontrarle. Por lo tanto, Dios se revela en la misericordia del que se hace prójimo del pobre y necesitado, del herido y maltratado, del emigrante y del exiliado. Dios se hace presente en este mundo cuando vence la misericordia y la compasión a toda crueldad, indiferencia y hostilidad. Dios se revela en el que así obra incluso si no es creyente, como revela el texto de Mt 25.

La vida eterna de la que se hablaba al comienzo de la parábola tiene aquí su justificación: la vida eterna será el don ofrecido por haber ejercido la misericordia; a los que así hagan oírán decir a Jesús: “Venid, benditos de mi Padre”, sobre ellos recaerá una bienaventuranza inesperada, una bendición por haber vencido la ternura, el cariño, la misericordia y la compasión.

### III.- Conclusión

Esta parábola de Jesús ha sacado a la luz la hostilidad de nuestra condición humana pero también la insuficiencia de las Leyes para combatirla porque no entran en el corazón del problema. El final de la parábola, que responde a las dos preguntas del inicio, viene a decir que el camino que conduce a Dios pasa por el hombre y que, por tanto, el amor de Dios y el amor al hombre, enemigo, diferente, hermano, tienen la misma dirección. Solo desde ahí se puede vivir una vida abundante y eterna.

Con esta página queda respondida la antigua pregunta del Génesis sobre la responsabilidad que un hombre tiene con su hermano, por tanto, es Cristo el que traza la senda última y definitiva que ofrece la salud al hombre a través del ejercicio de la misericordia hasta el fin.

Añade un recurso contra la hostilidad que es la hospitalidad como fruto concreto del amor y así queda la parábola como muestra de la transformación que produce la misericordia al convertir la crueldad en compasión, la indiferencia en deferencia, la hostilidad en hospitalidad. Fundamentar una cultura de la hospitalidad a luz del Evangelio supone renovar la relación no solo del hombre con Dios sino del hombre con otro hombre, basada en el cuidado, la responsabilidad, la compasión y misericordia.

Como religiosos somos la Parábola viva de la Misericordia y nuestra vida no puede contradecir lo que somos por voluntad suya y respuesta por nuestra parte al Señor que nos llama también a nosotros a ser su Rostro misericordioso en medio de nuestro mundo.

Como agustinos la vivencia de nuestro carisma nos llama a buscar vías de encuentro que lleven a superar toda hostilidad, vías de comunión y de salvación que anulen toda indiferencia y crueldad, vías de acogida y hospitalidad que asuman y abracen al hombre herido y necesitado de misericordia, en suma, caminos que lleven al hombre, herido, maltratado, pobre, necesitado, al hombre que todos somos, hacia Dios, el único descanso, la Posada definitiva, la Patria en la que poder habitar.

---

<sup>35</sup> TEJERINA ARIAS, Gonzalo, “El cuidado del pobre en la plenitud de la revelación de Jesucristo”, Estudios trinitarios, vol. XXXVIII, 3, Salamanca, 2004: “Identificado con el pobre, lo que a éste se le hace se le hace a él y el comportamiento ante él, el Señor y Salvador, determina la salvación o la condena de los hombres”